

OPINIÓN

Tamaño de texto  Enviar Imprimir

COLUMNISTA INVITADO

Lecciones que deja la renuncia de Fidel Castro

¿Se podrá conciliar un modelo alternativo al capitalismo con la democracia política y la plena vigencia de libertades?

Por: Manuel Antonio Garretón

Fuente: SOCIOLOGO, UNIVERSIDAD DE CHILE

La renuncia de Fidel Castro a sus principales cargos de poder abre campo a las especulaciones sobre el **futuro político del régimen que se identificó casi cincuenta años con su persona**, sus visiones y su gestión, y más ampliamente sobre el **futuro de Cuba**.

Dejemos de lado las perspectivas interesadas que, sin ninguna autoridad moral, ya dan consejos de democracia después de haber denostado, boicoteado e intentado eliminar al líder cubano, o reclaman libertades como la de prensa cuando en sus países ella es negada por monopolios privados tan nefastos como los estatales.

Más bien, intentemos volver a **mirar en perspectiva lo que fue la revolución cubana**. Porque deberá ser en torno a sus principios básicos originales y a sus **intentos de construir un mundo alternativo al capitalismo** —y no en torno a lo que reclaman sus enemigos, pero tampoco en torno a **sus propias distorsiones y perversiones a lo largo de estos cincuenta años**—, que el pueblo cubano deberá definir libre y democráticamente este futuro.

La revolución cubana es uno de los hechos más importantes de la historia latinoamericana del siglo 20. No sólo porque significó una **derrota del imperialismo prevaleciente en la región** o porque instala en ella **por primera vez un sistema socialista**, cambiando también la correlación de fuerzas mundial, ni tampoco por las profundas transformaciones que implicó para la sociedad cubana.

Sobre todo, porque **todos los fenómenos políticos posteriores se desarrollaron en referencia positiva o negativa a ella**. No habría habido Alianza para el Progreso, lucha antisubversiva que termina en dictaduras militares, expansión por todo el continente de los movimientos guerrilleros rurales y urbanos, profundización de procesos reformistas o revolucionarios dentro de marcos institucionales, estilos alternativos de desarrollo y desarrollismo, incluso Teología de la Liberación y otras manifestaciones culturales, si no hubiera habido la revolución cubana.

Toda la vida política del continente giró en torno a respuestas en su sentido o en uno contrario. Los imaginarios de más de una generación y los debates intelectuales tuvieron siempre como referente implícito o explícito la revolución cubana. A veces éstos alcanzaron en manos de intelectuales de otros contextos altos niveles de irresponsabilidad política que arrastraron a los latinoamericanos polarizándolos.

Poco a poco, **el modelo cubano dejó de ser el referente** de la acción colectiva y de las esperanzas de un mundo mejor para América latina. Y ello no por los **esfuerzos desesperados de la política norteamericana por aislar a Cuba**, en otra expresión de sus innumerables guerras sucias en este y otros continentes a lo largo de los dos últimos siglos. Tampoco por los fracasos económicos que la isla hubiera podido sufrir. Sino por una **nueva conciencia que emergió en la región como aprendizaje de derrotas y fracasos** y que se expresó en una **valoración, como principios irrenunciables, de la democracia política** y, más ampliamente, **de los derechos humanos**.

En estas materias, la democracia como régimen político y sistema de gobierno y convivencia y los derechos humanos en el ámbito de las libertades, porque en el campo de las igualdades y los derechos sociales nadie niega sus enormes avances, **la situación cubana presenta grandes déficit que no son transables** por los avances mencionados y que **nadie puede justificar**. Y si la crítica a esta situación no se hizo radical por parte del mundo progresista democrático, ello

se debió, en un primer momento, a la falta de la valoración de estos dos principios por parte del campo intelectual y político latinoamericano y, más adelante, a la **ausencia de un modelo económico-social alternativo al capitalismo en lo que Cuba parecía ser casi el único ejemplo.**

Pero lo cierto es que, sobre todo, juega aquí un papel central la **agresión obsesiva y permanente de la política norteamericana**, que no dejaba espacio para posiciones alternativas y que obligaba a la defensa de la situación cubana como la única forma de asegurar la sobrevivencia del país. En este sentido, **el mal hecho por los Estados Unidos va mucho más allá del daño material causado a la isla** y se transforma en una **cuestión de moral universal**: haber impedido, por la fuerza y el chantaje, la posibilidad de **visiones críticas no maniqueas** como las que ellos imponían. Todo ello no justifica los silencios en que se pueda haber caído, sólo los explica.

La revolución cubana permite otras dos reflexiones. Por un lado, ilustra el drama y la dificultad —en ningún caso la inevitabilidad— de **transformar una revolución en un orden social democrático**. El poder revolucionario tiende a reproducir su carisma original y ve toda crítica como un intento de volver al antiguo régimen, lo que muchas veces, al menos respecto de las críticas más radicales, es cierto. Hay veces en que en la ausencia de una oposición democrática interna hay fuerzas internacionales que pueden ayudar a una evolución. **En el caso cubano no existieron tales fuerzas democráticas internas o externas** y luego el régimen adquirió sin duda su propia amplia legitimidad.

Por otro lado, **no es bueno para ninguna sociedad la permanencia de un gobierno unipersonal**, menos el del fundador de un régimen, por largo tiempo. Incluso, e independientemente de la envergadura de la obra del gobernante, ello puede llevar a retrocesos en los propios avances conquistados.

Por ello, la renuncia de Castro abre la oportunidad de **volver a conciliar los contenidos sustantivos de un modelo alternativo al capitalismo** que Cuba encarna, con la democracia política y la plena vigencia de libertades de la que aún carece, sin caer en las crisis y colapsos que caracterizaron mucho de la caída de algunos países comunistas.

En la ausencia de una significativa oposición democrática interna organizada, **la responsabilidad mayor recaerá en el nuevo gobierno y en el partido que es su columna vertebral**, pero también, en un **cambio radical en la política norteamericana** frente a éste.
